

DE LA BIOPOLÍTICA A LA NECROPOLÍTICA EN *UNA PUTA MIERDA Y NOSOTROS CAMINAMOS EN SUEÑOS*, DE PATRICIO PRON

DA BIOPOLÍTICA À NECROPOLÍTICA EN *UNA PUTA MIERDA E NOSOTROS
CAMINAMOS EN SUEÑOS*, DE PATRICIO PRON

María Angélica Semilla Durán⁷⁹

RESUMEN: Patricio Pron escribe, en 2007, *Una puta mierda*, relato perturbador de una guerra absurda que, a partir de un acontecimiento histórico preciso (la guerra de las Malvinas, 1982), se erige en metáfora alucinada de los desbordes del capitalismo. Siete años más tarde, en 2014, el autor reescribe su novela, desarrollando algunos puntos, multiplicando las historias en el interior de la Historia, exacerbando su exigencia lingüística y conceptual a lo largo del texto derivado, intitulado *Nosotros caminábamos en sueños*. Más allá de toda asignación nacional o política, en un ejercicio deliberado de desterritorialización y de deshistoricización, lo que Pron pone en escena es la manera en la cual la arbitrariedad del mercado, es decir del capitalismo, se convierte en un engranaje mortífero cuya única función es seguir existiendo. La travesía del narrador a través del caos de una guerra sin nombre pone en evidencia los procedimientos por los cuales los dispositivos habituales de la biopolítica descritos por Foucault van asumiendo progresivamente el cariz de la necropolítica, hasta devenir una máquina de exterminio sin otro control que el ciclo infinito de la especulación y el simulacro indispensable para sostenerla.

PALABRAS CLAVE: literatura; Malvinas; guerra; biopolítica; necropolítica

RESUMO: Patricio Pron escreve, em 2007, *Uma puta mierda*, relato perturbador de uma guerra absurda que, a partir de um acontecimento histórico preciso (a guerra das Malvinas, 1982) se erige numa metáfora alucinada dos excessos do capitalismo. Sete anos mais tarde, em 2014, o autor reescreve seu romance, desenvolvendo alguns pontos, multiplicando as histórias no interior da História, exacerbando sua exigência lingüística e conceitual ao longo do texto derivado, intitulado *Nosotros caminábamos en sueños*. Muito além de toda afetação nacional ou política, num exercício deliberado de desterritorialização e de deshistoricização, o que Pron põe em cena é a maneira pela qual a arbitrariedade do mercado, quer dizer do capitalismo, se converte numa engrenagem mortífera cuja

⁷⁹ Doutora em Filología Hispânica pela Universidad Central de Barcelona - Espanha. Doutora em Estudos Hispânicos pela Université d'Aix-Marseille - França. Professora do Departamento de Línguas Românicas da Université Lumière Lyon 2- França.

única função é seguir existindo. A travessia do narrador através do caos de uma guerra sem Nome põe em evidência os procedimentos pelos quais os dispositivos habituais da biopolítica descritos por Foucault vão assumindo progressivamente o cariz da necropolítica, até se tornar uma máquina de extermínio sem mais outro controle a não ser o do ciclo infinito da especulação e o do simulacro indispensável para sustentá-la.

PALAVRAS-CHAVE: literatura; Malvinas, guerra, biopolítica, necropolítica

ABORDAJES

Para empezar, me parecería útil trazar una breve semblanza de la literatura de Malvinas y de su evolución, para estar luego en condiciones de situar la obra de Patricio Pron en el interior de la serie y de evaluar su aporte específico. La extensión de un artículo nos impide hacerlo de manera minuciosa. Digamos entonces por ahora solamente que ya he intentado dar un cauce a estas reflexiones en algunos trabajos anteriores, en los que sugería la existencia de dos modalidades sucesivas. La primera de ellas sería operativa con respecto a la mayoría de los textos de la serie. Sólo vamos a tomar como ejemplo, por razones de espacio, los dos grandes textos que la organizan – *Los Pichiciegos* (1982), de Fogwill, *Las Islas*, de Carlos Gamerro (1992). Ambos se inscriben en el espacio claramente identificado de la *historicidad* reivindicada de sus relatos, elaborada y puesta en escena de maneras diversas, que oscilan en general entre el realismo y la alucinación. Los procedimientos discursivos son análogos, en la medida en que la representación aborda la guerra desde una óptica esencialmente paródica, en la que farsa y absurdo se entremezclan, ya que, como ha declarado el mismo Gamerro:

Por donde se la mire, Malvinas es absurdo o esa es la primera sensación que tenemos cuando volvemos sobre ella. Las interpretaciones no cierran. [...] De modo que, y si esto es así, ¿por qué no probar desde el absurdo? ¿Por qué no pensar a Malvinas desde lo descabellado? (RODRÍGUEZ, 2007)

Ninguna de las dos responde a los criterios de la literatura testimonial, pero ambas novelas incluyen una perspectiva temporal, inscriben los hechos en una

sucesión de acontecimientos, ya sean previos – Fogwill – o posteriores –Gamerro –, cuya articulación es claramente productora de sentido, y de sentido político. Los vínculos con la dictadura son explícitos en los dos textos, a lo que la novela de Gamerro suma una dimensión suplementaria, conectando tres momentos sucesivos e íntimamente ligados entre sí, como son la dictadura, la guerra de Malvinas y el menemato⁸⁰. En ambos casos se concede un lugar importante a la trama de acontecimientos que *explicitan* los vínculos entre los métodos totalitarios del ejército y la construcción de un imaginario que justifique lo injustificable, el ocultamiento de la verdad y la modulación de una memoria selectiva. Pero también con las formas más abyectas de corrupción de la democracia sobrevinida después de la dictadura, la concentración del poder económico en manos de las mafias cívico-militares, las “desapariciones” ulteriores o la persistencia de la tortura o la muerte como medio de disciplinamiento. Fogwill recurre a una constelación de alusiones para instalar las filiaciones; Gamerro a una retórica de las huellas, que van anudando ineludiblemente unos tiempos con otros y visibilizando la lógica que los sostiene. Podemos concluir en que, en una primera etapa, los saberes históricos convierten progresivamente lo acallado en explícito; mientras que en una segunda etapa sugerimos la hipótesis de una progresiva desterritorialización y deshistorización de las representaciones. Novelas como *Trasfondo* (2012), de Patricia Ratto o *Una puta mierda* (2007) de Patricio Pron, así como su reescritura, *Nosotros caminamos en sueños* (2014), parecen optar por esa estrategia: la localización geográfica se borra o se diluye, siendo reemplazada por muy vagas referencias puntuales o por simples ocurrencias del significante “isla”, cuyos significados resultan tan abiertos como aleatorios. La trama de acontecimientos que desembocan en y/o derivan de la guerra son ignorados y el relato se centra en una representación, a veces obsesiva, de hechos concretos inscriptos en un presente inmediato, descontextualizado, recortado en el flujo de la temporalidad, casi abstracto. Si Patricia Ratto crea un universo fantasmal y de inteligibilidad problemática que, en un súbito gesto final, adquiere una forma de

⁸⁰ Palabra que designa el período correspondiente a los dos mandatos del Presidente Carlos Saúl Menem (8 juillet 1989 – 10 décembre 1999)

coherencia fantástica que lo ilumina, Patricio Pron opta por una tensión permanente en el seno mismo de la inteligibilidad, en la medida en que la mayoría de sus procedimientos *trabajan*, para impugnarlos, los usos de la racionalidad. Un análisis detallado de las matrices lógicas del razonamiento mostraría probablemente cómo la aplicación exacerbada de algunas de sus leyes acaba destruyendo la validez del pensamiento, llevándolo a un callejón sin salida o condenándolo a una circularidad sin fin y que, como tal, no puede producir ninguna experiencia de conocimiento. Los principios de la lógica silogística son a menudo tensados hasta el absurdo, y acaban cayendo en la tautología, el círculo vicioso o la paradoja. Si las leyes de la lógica formal permiten plantear la cuestión de las formas del razonamiento que pueden conducir a un juicio “verdadero”; si se las entiende como un método a través del cual el pensamiento de las cosas es posible, un molde en el cual se haría entrar la realidad para hacerla inteligible, la utilización que de ellas hace Pron parece orientarse más bien hacia la permanente deslegitimación del sistema; y ello para instalar progresivamente la idea de que la realidad descrita –la guerra- *no es pensable*. O, si se prefiere, no es inteligible.

Por otra parte, esa manipulación de los principios lógicos consiste también, en este caso, en tensar la relación entre lo muy concreto y perceptible: los cuerpos, los objetos, los gestos, los espacios – no situados, pero si someramente descritos- y lo muy abstracto; entre las formas posibles del pensamiento de las cosas y la frecuente insubordinación de las cosas mismas, que no siempre pueden ser pensadas.

Señalemos además al pasar, porque no es ese el objeto de este estudio, que en el caso de Pron estamos ante dos textos que son y no son el mismo, puesto que uno es la re-escritura del otro- y que requieren una interpretación cuyos matices equivalen a los que separan el título del primero: *Una puta mierda*, del título del segundo: *Nosotros caminamos en sueños*. Sorprendente distancia entre la imprecación coloquial que tiñe de bronca y rechazo la primera realización y la aseveración poética de la segunda; distancia que indica, desde la primera lectura, un itinerario que va de la inmediatez de la experiencia a la sublimación de lo evocado.

Pron escribe la segunda novela siete años después de haber publicado la primera, y en la Nota que la concluye explica que la intención fue la de mejorar la versión inicial en lo que ella tenía de perfectible; pero también alude a las tramas intertextuales que la componen y a la experiencia infantil en la que se ancla su primera idea de la *incongruencia* de la guerra, que acaba por convertirse en una vivencia incierta y casi ficcional. Malvinas es uno de esos hitos históricos que no han cesado de inscribirse en el discurso distorsionante de la épica nacionalista y sus mentiras, y a pesar de ello Patricio Pron agradece la posibilidad de haberlos transitado, porque:

[...] aquella guerra fue para nosotros una victoria secreta porque trajo a nuestras vidas la mentira y la sospecha, que son todo lo que un escritor necesita, así que esta novela trata también acerca de la imbecilidad militar, la cobardía y su parecido con la sensatez y la guerra, que es realmente, como decimos, una puta mierda, pero también de la felicidad de convertir el temor y los sueños infantiles en ficción y sentido. (PRON, 2014, p.120)

Podemos conjeturar que esa trayectoria reproduce de alguna manera el trabajo de la conciencia, que vuelve una y otra vez al objeto de análisis para hacerlo inteligible, pero también para aguzar la interpretación y darle, en el texto, la textura imaginaria de lo posible. La dimensión lúdica es indiscutible: estaba ya presente en el primer libro y se acentúa considerablemente en el segundo, desplegando una gran diversidad de recursos que van de la farsa al absurdo, del humor negro a la parodia, de la alucinación al delirio.

DESCONTEXTUALIZAR: DE LO HISTÓRICO A LO SIMBÓLICO

Hablábamos hace un momento de desterritorialización y de deshistorización; veamos cómo se manifiestan esos gestos. En principio, las islas a las que se trasladan los soldados son imposibles de identificar: nadie sabe dónde se hallan, a qué país pertenecen, ni cuál es su nombre, salvo por una serie de alusiones reiteradas y casi incidentales, que acaban construyendo en filigrana una localización ya instalada en

el imaginario. La ironía contenida en el error de designarlas como “Maldivas”-paradigma que viene a instalarse como la perfecta contradicción de la realidad conjeturada, puesto que el nombre *Maldivas* evoca un espacio paradisiaco, mientras que el de las innominadas [*Malvinas*] solo puede ser leído como un espacio infernal-cede rápidamente su lugar a las menciones frecuentes de la nieve, la turba y el frío, rasgos que podemos reconocer como propios en el marco de las representaciones acuñadas:

A diferencia de todas las guerras que habíamos visto en la televisión, en esta *había nieve, nieve fría y de aspecto sucio* que se las arreglaba para meterse dentro de tu uniforme no importaba cuanto hicieras para evitarlo, y *que no había enemigo* (PRON, 2014, p. 14)

Tampoco se conoce asignación nacional: no sabemos qué países las disputan ni por qué, no se sabe quién constituye uno y otro de los bandos en disputa, ni sabemos siquiera si son dos o más. Hay argentinos representados como tales, pero la identificación del narrador y sus compañeros con ellos no se postula; y aunque la desorientación que sustenta la escena de la guerra conduce a que cada uno se pregunte quién es y, en consecuencia, pueda ser cualquiera, ninguna de esas combinatorias se precisa. Sí hay, sin embargo, algunas alusiones reconocibles a situaciones o personajes locales, como la semblanza del Presidente San Pantaleón como un alcohólico empedernido o la emergencia constante del hambre de la tropa, que van vinculando el escenario ficticio con la guerra conocida. El grado de descontextualización es pues extremo: la guerra es extraída de su circunstancia, privada de referencialidad cartográfica, condenada a la incongruencia ontológica, en la medida en que no tiene ni causas ni objetivos ni enemigo definidos; absurda por definición y por práctica. Los fenómenos de desterritorialización no se limitan, por otra parte, a esas sustracciones evidentes, sino que tocan también al uso de la lengua, que exhibe una oscilación sintomática entre formas atribuibles a registros y usos diversos. Es perceptible una voluntad de no incorporar los modos de la coloquialidad

argentina, de acudir a un castellano neutro, de erradicar el voseo, de des-nacionalizar el discurso. Si tomamos en consideración los nombres de los personajes, aparte de los guiños humorísticos, numerosos y también dirigidos a acentuar la sensación de desterritorialización, llegamos a la misma conclusión. Esa especie de indefinición lingüística se percibe de manera mucho más esclarecedora si nos abocamos a la comparación detallada entre las dos versiones del texto.

Vemos entonces que todo concurre a un desplazamiento, una suerte de corrimiento o descolocación que, a la vez, desidentifica y desliga de los referentes habituales, instituyendo el relato como un procedimiento de vaciamiento histórico que lo proyecta hacia el plano de la generalidad abstracta, aunque los elementos utilizados para ello se nutran de una fuerte materialidad. La guerra de Malvinas vendría a ser así, en ambas versiones, un significante aparentemente desprovisto de sus atributos específicos –e insistimos en el “aparentemente”, porque ya veremos que hay otra serie de procedimientos que, de manera oblicua, los reintroducen irónica y críticamente, habilitando una tensión dialéctica constante-, y cuyo significado sería un universal hipostasiado: la Guerra, con todo su cortejo de horror, sinrazón y cinismo. Al mismo tiempo, el tratamiento que Pron hace del conflicto apunta a desentrañar la verdadera naturaleza de toda guerra moderna como recurso inherente al capitalismo, que es su condición de existencia y su único fundamento.

Queda claro entonces que el ejercicio – de reflexión, de estilo, ideológico – que lleva a cabo Pron es tanto literario como conceptual, y que la des-contextualización aparente funciona en realidad como una re-contextualización en segundo grado, como una ida y vuelta de la conciencia, que expone a la vez la dinámica letal de lo real, la despiadada maquinaria especulativa y el absurdo discursivo de la argumentación que la sostiene.

El abordaje narrativo de ambas versiones se presenta como una sucesión de episodios integrados en una trama laxa, en la que las relaciones de causa y efecto o la progresión temporal que vertebran habitualmente los relatos no son prioritarios y donde la unidad está dada por el espacio –indeterminado, por otra parte- en el cual

se desarrollan los acontecimientos y por la persistencia de sus personajes y voces narrativas. Estructura estallada, deliberadamente incoherente, hecha de saltos y yuxtaposiciones, de asociaciones caprichosas y colisión de discursos, la novela transita una dimensión alucinada en la cual se destituye el poder de la verosimilitud y se celebran las potencialidades simbólicas de la hipérbole. Un ejército dirigido por militares grotescos sin pertenencia nacional, soldados que combaten sin saber por qué ni contra quién, para defender una isla que no figura en los mapas y a la que no se sabe por dónde llegar, enemigos sin rostro a los que nunca se ve, ataques con horarios y duración predeterminados y previstos, y una bomba que permanece suspendida sobre la cabeza de los combatientes sin explotar durante buena parte de la historia, son otros tantos indicadores que la sitúan en el ámbito de la irracionalidad manifiesta. El registro de lo simbólico se perfila, así como la instancia en la cual la maquinaria narrativa escoge significar, más allá de la secuencia factual. Recordemos a ese respecto la manera en la cual Carlos Gamerro alude a ese carácter de significativo vacío que es Malvinas: “Las Malvinas en sí mismas no son nada, pueden significarlo todo. Son un fetiche de la nacionalidad, el objeto de deseo por antonomasia.” (GAMERRO, 2006, p. 95) Podríamos avanzar que Patricio Pron recoge ese desafío de dar sentido al significativo vacío, deconstruyendo toda idea de nacionalidad, impugnando el poder del fetiche; es decir, dando lugar al vacío real del pensamiento en torno a la construcción ideológica de la guerra.

El narrador emerge en ese mundo caótico como un testigo incierto, puesto que durante buena parte del relato existe la posibilidad de que su juicio haya sido alterado por la herida sufrida y la supuesta operación que le habría quitado rodajas de cerebro. El lector tiene, entonces, razones para dudar de lo que lee, al igual que el narrador duda – o al menos suspende la sanción de veredicción y manifiesta su perplejidad –constantemente ante lo que ve y lo que cuenta. Patricio Pron desordena la secuencia de los hechos, la estructura del relato y los nexos lógicos del pensamiento, para dejar lugar a un caos esencial que se nutre de sí mismo, atrapado en la implacable lógica de la productividad.

La experiencia del narrador, soldado incorporado a esa guerra de pacotilla en la que las muertes son dolorosamente reales y vigorosamente proliferantes, se despliega entre los pozos de la trinchera, el frente fluctuante de combate y el hospital al que es destinado después de haber sido herido. No podemos identificar – y no es posible, en ese contexto – un hilo narrativo, más allá de la aleatoria, espasmódica, sucesión de movimientos con los que se responde a los sucesivos ataques. La gestión del espacio se distribuye entre el espacio abierto y el refugio de los pozos, entre un más allá de las líneas totalmente vago y conjetural y la comunidad heterogénea de los soldados, frecuentemente abandonados a su suerte, condenados a formas elementales de reacción para asegurar una supervivencia nunca garantizada. El tercer espacio, presumiblemente más acogedor para quienes se recuperan de sus heridas: el hospital, aparece en realidad como una extensión surrealista del frente, y ello no solo por su funcionamiento caótico, sino porque los riesgos de morir son en ese ámbito tanto o más elevados que en el frente de combate. Como en la experiencia bélica, la única norma que rige los comportamientos es el *uso* de esas vidas que, parafraseando a Judith Butler, *no importan*. (BUTLER, 2006) Prueba de ello es la manera en la cual se contabilizan muertos que están vivos o se intercambian los nombres de los caídos, en aras de un simulacro de orden estadístico que reduce toda existencia a la cifra vacía y construye una imagen falsa de eficiencia. Pero detengámonos un momento en este punto. Ya hemos señalado alguna vez la importancia que tiene en la concepción misma del conflicto la perpetuación del incesante flujo de transacciones comerciales, causa del desabastecimiento de la tropa y de la falta de insumos hospitalarios. Bajo la apariencia de una gestión cooperativa, y por ende solidaria, algunos mandos impulsan y concretan formas de intercambio económico que engullen los alimentos, las armas, los medicamentos e incluso, si necesario, los cuerpos de los soldados, en una cadena sin fin de operaciones que se justifican las unas a las otras, sin que el supuestamente compartido beneficio sea nunca distribuido:

Si, respondió Morin, con aire pensativo, “seguimos teniendo problemas con el suministro de víveres. Solo nos llegan latas de alubias, pero no podemos darle las alubias a la tropa porque con su venta pagamos los gastos que ocasiona este hospital de campaña. El General Mayor me ha ordenado ayer que haga sacrificar los caballos para hacernos de carne fresca” “No sabía que teníamos caballos”, dije. “Nadie sabía que teníamos caballos”, se encogió de hombros, “pero los hemos comprado hace poco para contrarrestar la mala impresión que les producía a los soldados no tener tanques; como el Alto Mando se encontraba imposibilitado de tomar parte en la operación por razones reglamentarias, creamos una cooperativa de soldados y adquirimos los caballos vendiendo nuestros sobrantes de harina. [...] (PRON, 2007, p. 42-43)

La heterogeneidad de las mercancías en juego, la incongruencia de las equivalencias, la falsedad de sus resultados, su *improductividad* manifiesta, ponen en evidencia una dinámica alienada –en ambos sentidos de la palabra-, que se devora a sí misma y acaba girando en el vacío. Aunque no es difícil suponer que quienes la gestionan sí recogen beneficios y también consumen, estas prácticas económicas parecen articularse en función de la mera necesidad de mantener la maquinaria en movimiento, de realimentarla como a un monstruo inclemente, sin pausa ni control. La misma lógica puede identificarse en el transcurrir de la guerra, que como ya hemos dicho carece de objetivos, de enemigos y de puntos de referencia, pero cuyo suceder obedece a una suerte de fatalidad que se ejerce sobre los cuerpos y, si la protección de los intereses comerciales lo exige, los sacrifica sin ningún tipo de escrúpulo. Estamos literalmente ante una cadena que produce cuerpos destrozados – como antes ante una cadena especulativa, en la que los soldados son a la vez la fuerza de trabajo y la materia transformada. Cuando el soldado O’Brien se presenta en la oficina de Afrentas para informarse sobre la manera legal de cobrar una deuda de honor, el empleado que lo recibe postula explícitamente los principios del sistema:

Este no es el ejército burocrático del tiempo de sus abuelos. Este es un ejército moderno que busca la optimización de sus recursos, pero elude cualquier clase de traba burocrática: *somos una empresa capitalista de exterminio masivo* que no escapa a la necesidad de optimizar sus recursos como cualquier otra empresa. Lo que usted tiene que hacer es matar a todas las personas que encuentre en la guerra sin detenerse en ninguna

clase de consideración de índole moral o ética, sin contemplaciones.
(PRON, 2007, p. 90)

El mismo mecanismo se repite en el interior del hospital, donde la carencia de insumos, de saberes y de rigor en la gestión de los heridos convierte los cuidados médicos en estrategia de exterminio, pasando así del *dejar morir* propio a los diseños de la biopolítica en un *hacer morir* en serie, asimilable al esquema de lo que Achille Mbembe llamaría la necropolítica.

DE LA BIOPOLÍTICA A LA NECROPOLÍTICA

Seamos más explícitos y recordemos brevemente que, en su análisis histórico, Foucault (2001) introduce la noción de biopoder, y diferencia dos dispositivos que el poder genera para encuadrar tanto las vidas individuales como la vida comunitaria. El primero, de carácter disciplinario, que se desarrolla sobre todo en los siglos XVII y XVIII, es una tecnología (conjunto de procedimientos tendientes a alcanzar el fin deseado) que “asegura la distribución espacial de los cuerpos individuales (su separación, su alineamiento, su puesta en serie y bajo vigilancia)⁸¹” (FOUCAULT, 2001, p. 219) y la organización, a su alrededor, de todo un campo de visibilidad. Se trataba de técnicas por las que esos cuerpos quedaban bajo supervisión. También se deben incluir las técnicas de racionalización y economía estricta de un poder que debía ejercerse, “*de la manera menos costosa posible*”, a través de todo un sistema de vigilancia, jerarquías, inspecciones, escrituras, informes: “*toda la tecnología que podemos llamar tecnología disciplinaria del trabajo.*” (FOUCAULT, 2001, 219).

El segundo, que comienza a instituirse a mediados del siglo XVIII y se superpone con el anterior, se basa en una tecnología de poder que no es disciplinaria, aunque no excluye la primera, sino que la integra; pero se sirve de instrumentos

⁸¹ Foucault, Michel, *Hay que defender la sociedad. Curso impartido en el Collège de France en el curso lectivo 1975-76 219*, traducción española, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 219.

distintos y su superficie de sustentación no es la misma. Esta nueva tecnología de poder no disciplinario está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resume en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera. A un ejercicio individualizador sigue un ejercicio masificador, dirigido más bien a la especie humana, y de manera más concreta, a la población.

Se trata, pues, de instalar mecanismos de seguridad alrededor de ese carácter aleatorio que es inherente a una población de seres vivos; optimizar un estado de vida: mecanismos también destinados a maximizar fuerzas y a extraerlas.

Más acá, por lo tanto, de ese gran poder absoluto, dramático, sombrío que era el poder de la soberanía, y que consistía en poder hacer morir, he aquí que, con la tecnología del biopoder, aplicada sobre el hombre como ser viviente, aparece ahora un poder continuo, sabio, que es el poder de *hacer vivir*. La soberanía hacía morir y dejaba vivir. Y resulta que ahora aparece un poder que Foucault llama de *regularización*, y que consiste, al contrario, *en hacer vivir y dejar morir*. (FOUCAULT, 2001, p. 218)

Ahora bien, en los últimos años hay una serie de teóricos que, partiendo de la noción foucaultiana, están yendo más lejos y a veces corrigiendo aquellos conceptos, en función de los cambios que se han producido en las economías de las sociedades contemporáneas. Mencionamos entre ellos a Achille Mbembe, y su noción de *necropolítica* (Mbembe, 2006, p. 29-60) Hay dos fuentes que nutren su pensamiento: la teoría marxista y la reflexión de Foucault. Del primero toma, según el resumen de Elisabeth Falomir Archambault en la Introducción, particularmente la idea de la cosificación del ser humano propia del capitalismo, y de las formas mediante las cuales las fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno mercantilizan y reifican el cuerpo: se estudia de qué manera este se convierte en una mercancía más, susceptible de ser desechada. Las personas ya no se conciben como seres irremplazables, inimitables e indivisibles, sino que son reducidas a un conjunto de

fuerzas de producción fácilmente sustituibles. De Foucault, revisa la noción de biopoder y de biopolítica, y produce un salto cualitativo al retomar la de necrocapitalismo (VALENCIA, 2010) y enunciar la de necropolítica, definida como una suerte de contrabiopoder ligado al capitalismo contemporáneo, que organiza sus formas de acumulación de capital como un fin absoluto, que prevalece por encima de cualquier otra lógica o metanarrativa. Para Mbembe, el concepto foucaultiano es insuficiente para explicar el funcionamiento actual del sistema, y por ello lo enlaza con otros dos: el estado de excepción y el estado de sitio. Sus puntos de referencia principales tienen que ver con formas de guerra y de colonización que se desarrollan en África o en Medio Oriente, y muy particularmente en el territorio de Palestina, que considera ejemplar de lo que llama la *ocupación colonial tardía*. (MBEMBE, 2006, 46) Esta difiere en muchos aspectos de la de la era moderna, particularmente en lo relativo a la combinación entre lo disciplinario, la biopolítica y la necropolítica, y acaba por constituir una máquina de guerra que concentra una pluralidad de funciones. Tiene a la vez los rasgos de una organización política y de una sociedad mercantil.

Si el poder depende siempre de un estrecho control sobre los cuerpos, las nuevas tecnologías de destrucción no se ven tan afectadas por el hecho de inscribir los cuerpos en el interior de aparatos disciplinarios como por inscribirlos, llegado el momento, en el orden de la economía máxima, representado hoy por la «masacre». (MBEMBE, 2006, 63) La fórmula utilizada por Foucault para sintetizar la estrategia del biopoder y sus tecnologías: *hacer vivir y dejar morir*, se convertiría en este caso en *hacer morir*, puesto que ya no quedaría, en esos contextos, espacio para la vida.

Ahora bien, ¿por qué me interesa recordar estos conceptos en relación con nuestra lectura de las dos novelas de Patricio Pron?

Porque el eje de la representación es la guerra; una guerra que alude vagamente al conflicto real de Malvinas, una guerra a la vez inventada y no, una guerra hiperbolizada y grotesca, en la cual, en mi opinión, se instala claramente una suerte de tensión irresuelta – o, quizás, de transición – entre la biopolítica y la

necropolítica, y en la que el disciplinamiento y la explotación de los cuerpos concurren al auge de la empresa de exterminio masivo de la que habla Morin. Por una parte, se insinúan, aunque rápidamente se desdibujan, los dispositivos de la biopolítica propios a las guerras tradicionales: ordenamiento jerárquico, delimitación de los espacios, economía de abastecimiento, estructura hospitalaria, sistema de comunicaciones. Se supone que, por medio de esas estrategias organizativas, se articula el propósito esencial de todo conflicto, su macabra contabilidad: mantener en vida al mayor número posible de los propios, provocar la muerte del mayor número posible de los enemigos. Sin embargo, ese esquema clásico es minuciosamente deconstruido a medida que el texto avanza: la organización jerárquica no solamente carece de autoridad, sino que quienes la encarnan son ineptos, sus lugares intercambiables y su capacidad estratégica nula; la delimitación del espacio se reduce a una sucesión de trincheras en las que de tanto en tanto emergen soldados de procedencia desconocida, sin que sea posible determinar si son o no enemigos, y que es visitada por turistas japoneses; el abastecimiento de alimentos es inexistente, pero se garantiza el *abastecimiento* de relaciones sexuales tarifadas; la estructura hospitalaria es caótica y las competencias curativas inexistentes; las comunicaciones fallan. Esa crisis de un biopoder totalmente ineficaz, en el que ni el disciplinamiento ni la preservación de las vidas parecen posibles, deriva poco a poco hacia un sistema necrocapitalista, en la medida en que es necesario prolongar la guerra para que los negocios sigan funcionando, sea cual sea el costo:

Verás, no podemos ganar la guerra tan rápidamente, tampoco podemos perderla, por supuesto, pero lo más importante es no ganarla rápidamente porque su prolongación fortalece nuestra economía, pone límite al exceso de población y disminuye el desempleo [...] (PRON, 2014, p.109),

y que entre los procedimientos previstos para asegurar el sistema ideado por algunos se incluye el tirar sobre los propios soldados o bombardear deliberadamente el soterrano:

“¿Estamos atacando nuestras propias posiciones?” pregunté a Morin. “¿Qué?” pregunto a su vez Morin tratando de ganar algo de tiempo. “Que si estamos atacando nuestras propias posiciones”, insistí. “Atacar, atacar, lo que se dice atacar...” balbuceó el soldado Capitán. “Verás, técnicamente no son nuestras sino del ejército”, respondió Morin. No quise que me enredara más y salí: pensé en Mirabeau, en el Soldado Desconocido, en el Cornudo, en O’Brien, en el Viejo Periodista a quien no había conocido y en el Nuevo Periodista, al que sí había conocido y había subestimado, y en todos los muertos de esa guerra y en mí mismo y sentí un asco profundo. (PRON, 2014, p. 113)

Podríamos, con todas las reservas del caso⁸², puesto que los mecanismos históricos descritos por Mbembé no son los mismos que los que la ficción pone en escena, preguntarnos si la apariencia de biopolítica no se ve colonizada por otra lógica, menos visible pero más eficaz, en la que todas las vidas dejan de tener importancia, en la que la ilusoria guerra por la posesión de unas islas (“¿Qué islas?”, contesta Morin ante la pregunta del narrador) se convierte, no solo en una maquinaria económico-especulativa sino también en una maquinaria de muerte, en la que no se puede dejar vivir, en la que hay que *hacer morir*.

La metáfora a la que recurre Pron para sugerir la que, en última instancia, parece ser su propia posición frente al universo narrado, tiene claras reminiscencias de la estética de Bolaño. Si durante la mayor parte de la novela el narrador ignora qué hay en el soterrado y por qué se lo protege tanto, hay un momento en el cual la verdadera substancia de la vida, de la muerte, de la guerra; la quintaesencia de lo real emerge del subsuelo en que se oculta y amenaza con contaminarlo todo, empezando por la representación del país, ese simulacro:

Wolkoviski contó que la empresa encargada de realizar prospecciones en busca de recursos naturales en la que él trabajaba había interrumpido su

⁸² En efecto, el acontecimiento histórico de la guerra de las Malvinas no corresponde a la etapa de ocupación colonial tardía; pero no por ello deja de ser una situación de ocupación colonial la que se trata de dirimir. Tampoco se inscribe en el contexto de la globalización ni en las luchas africanas o de Medio Oriente, pero su subordinación a la maquinaria económica es en la novela patente. Así como Pron deshistoriza Malvinas en la ficción para poner más en evidencia la arbitrariedad de toda guerra, nos permitimos descontextualizar –esencializar– la noción de masacre utilizada por Mbembe para aplicarla al relato del escritor argentino, puesto que hay en ambos casos una lógica subyacente comparable.

trabajo unas semanas atrás al descubrir que en el subsuelo de nuestro país no había ni oro ni plata ni diamantes, como se nos había dicho, sino mierda. (PRON, 2014, p.116)

Mierda que, contra todo intento de ocultarla, continúa subiendo y amenazando los fundamentos mismos de la nación. La guerra no sería entonces sino una distracción para ocultar esa verdad esencial, que actúa a la manera de una múltiple revelación en la conciencia del narrador. Por una parte, la que se refiere a la “causa nacional” y a su propio lugar en ese dispositivo:

[...] en ese momento, mientras me quitaba el vendaje, comprendí que tenía toda la razón, que aquello se había elevado de las profundidades y nos había salpicado a todos, y que esas profundidades eran las del país, pero también las de nuestros corazones (PRON, 2014, p. 116)

El bombardeo del soterráneo se erige así en una articulación esencial del diseño narrativo, dado que desencadenará una sucesión de revelaciones: la de la ficción impuesta de la guerra, la del fondo –soterráneo- desoladoramente corrupto del país, y la que permite al narrador atravesar la capa de irrealidad que lo circunda y liberarse del simulacro en el que se lo mantiene preso:

Al quitarme por completo la venda vi – aunque el espejo de agua en el que mi rostro o lo que suponía que era mi rostro se agitaba cada vez que algo explotaba en nuestras posiciones, como si él también temblara- que aún conservaba todo mi cabello y no tenía ni una sola cicatriz; me llevé las manos a la cabeza como si no pudiera rendirme a la evidencia y estuve palpándome aquí y allá dando al principio golpecitos débiles y luego enérgicos golpes y comprobé que no tenía nada, que nunca había sido operado, que todo estaba en su lugar. (PRON, 2014, p. 116)

Si bien la revelación es progresiva, y requiere la mediación de ese doble vacilante que es el reflejo en el agua antes de ser ratificada de manera más rotunda, la integridad del narrador también libera en parte a la narración de su carácter

*perturbador*⁸³, en la medida en que devuelve fiabilidad al que la enuncia. Es cierto que a lo largo de todo el relato se había construido cuidadosamente la sensación de que el universo representado adolecía de una suerte de confusa irrealidad, tan eficazmente sintetizada por el título de la segunda novela, que retoma una de las frases del texto:

A mi lado caminaban los otros soldados, y yo comprendí que *todos caminábamos en sueños*, que siempre habitamos estado caminando en sueños, como sonámbulos, desde el comienzo de la guerra. (PRON, 2014, p. 97)

La incertidumbre que tiñe la totalidad de la escritura, su anómala textura lógica, parecerían situarse más en una especie de ámbito alucinatorio que se condice con la construcción ficticia del conflicto. Cuando esa atmósfera se resquebraja y las inaceptables realidades asoman, asistimos a una cierta oscilación entre ambos polos, oscilación que representa el tránsito del universo de la guerra construida al universo de la guerra real. Esta fugaz suspensión o indecidibilidad respecto a lo que es o no es –una guerra, una vida – está de alguna manera figurada por la suspensión de la bomba en el aire durante casi toda la novela, a la vez inverosímil y amenazante, arrancada a la lógica de sus fines y sin embargo potencialmente mortífera. El camino recorrido entre una y otra instancia, entre la incongruencia y la comprensión, la incertidumbre y la certeza, la ficción y la vida, es el que media entre ambos títulos y va del “nosotros caminamos en sueños” al “una puta mierda”, aunque el orden temporal de la creación parezca invertir la ecuación:

⁸³ Utilizamos el término en el sentido que le atribuye Sabina Schlickers: “La narración perturbadora [...] [d]esigna cierto modo de narrar que puede perturbar en un doble sentido, tanto con respecto al discurso como al contenido. Llama la atención hacia sí misma y produce, de manera similar a la metalepsis, un efecto extraño, ambiguo o cómico. La narración perturbadora puede concretizarse como narración paradójica, fantástica, caricaturesca, etc.”. Se trata, pues, de narraciones no fiables. (Schlickers, Sabina, “Narraciones perturbadoras: la guerra de Malvinas en literatura y cine”, en: *Relatos de Malvinas. Paradojas en la representación e imaginario nacional*, Buenos Aires, Eduvim, 2016, pp. 277-299.

De todo ello se extraía la impresión de que la guerra era *una puta mierda*, un asqueroso agujero sin fondo en el que todos habíamos caído por el peso de una historia desgraciada, lo que tenía un carácter de afirmación general, pero incluía también la certeza –que se refería tan solo a mí y me tenía como único sujeto- de que yo no iba a poder salir de ese pozo ya, no al menos desde la operación que me habían realizado; que no tenía ya, por decirlo de algún modo, ningún sitio al que volver, ni siquiera un sitio en la memoria. (PRON, 2014, p. 101)

La verdad no se mostrará sino luego de un aprendizaje progresivo y una serie de mediaciones, puesto que la certeza que el narrador afirma en la cita precedente será a su vez revertida e invalidada por el descubrimiento de una cabeza intacta, que hace posible la memoria y, con ella, la supervivencia. Pero no por ello debemos ilusionarnos con un “final feliz”: si el narrador ha podido reconocerse a sí mismo al saber que su herida – y por lo tanto su operación- no han existido nunca, al doble tembloroso del espejo de agua sucederá otro espejo, más concreto y menos metafórico: el rubio soldado enemigo que es su réplica inversa y al que lo conduce una oscura fatalidad. Ante la escena, no podemos evitar la evocación del mini-relato de Jorge Luis Borges “Juan López y John Ward”, aunque totalmente despojados de sus marcas identificatorias, absolutizados en la tragedia original. El narrador acabará adoptando, sin necesidad explícita ni justificación, la lógica de la guerra, y dará muerte al único soldado enemigo con el que se encuentra frente a frente, aunque en realidad éste no constituya un verdadero peligro. Será Caín – quizás el precio simbólico a pagar para seguir viviendo-; ejecutará el gesto criminal sin demasiada conciencia de ello, caerá en la trampa de decidir que *la vida del otro no importa*. Una última estratagema irónica lo redime: el nombre del Otro es el del oficial que había asesinado al padre de O’Brien, aquel a quien el compañero muerto había buscado a lo largo de toda la guerra para vengarse:

Entonces la saqué [la pistola] y disparé dos veces al rostro del soldado, que cayó hacia atrás; al mirar por encima de su cuerpo ese rostro que ya no se parecía al mío noté que el uniforme llevaba bordado un nombre y que ese nombre todavía se podía leer pese a que la sangre había comenzado a extenderse por todo el pecho. Leí “Graichen” y pensé en el

pedido de O'Brien y tuve la impresión de que todo estaba en orden por fin y encajaba. (PRON, 2014, p. 120)

¿Crimen o acto de justicia? ¿Crimen necesario para introducir un mínimo de lógica épica en la historia? En todo caso, ese final, el que permite el *regreso* del soldado, salva el relato, le da una forma de coherencia simbólica, una tensión dramática *pensable*, lo remite a una economía original en la que la muerte –como la vida- puede tener sentido. Pero, y, sobre todo, esa muerte detiene las muertes, clausura la guerra. En su simplicidad y unicidad bíblicas, el conflicto entre el soldado y su doble parece sustraerse a la máquina de destrucción, y al mismo tiempo producir la dosis de sentido faltante como para recuperar la dimensión humana. Sin embargo, y justamente por la resonancia cainita, esa muerte sin razón, ese *sacrificio* también puede ser entendido como la instancia inaugural de un nuevo ciclo de exterminio, como un síntoma del eterno retorno.

REFERENCIAS

BUTLER, Judith, *Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

GAMERRO, Carlos. *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Norma, 2006.

FOUCAULT, Michel. *Il faut défendre la société. Cours au Collège de France (1975-76)*. Edition numérique réalisée en août 2012, à partir de l'édition CDROM, le Foucault Electronique, éd. 2001. Versión española: *Hay que defender la sociedad. Curso impartido en el Collège de France en el curso lectivo 1975-76*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2001.

MBEMBE, Achille. *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife, Editorial Melusina, 2011. Introducción y traducción de Elisabeth Falomir Archambault.

<https://aphuuruguay.files.wordpress.com/.../achillr-mbrmbr-necro>

Versión original : « Necropolitique » en *Traversées, diasporas, modernités. Raisons politiques n° 21*, Paris, Presses de Sciences Po, 2006.

PRON, Patricio. *Una puta mierda*. Buenos Aires: El cuenco de Plata, 2007.

Pron, Patricio, *Nosotros caminábamos en sueños*. Literatura Random House, 2014.

RODRÍGUEZ, Esteban. “Malvinas entre el disparate y el silencio”, entrevista a Carlos Gamerro. *Crudos, Ensayos, tribulaciones y bocetos*, jueves, junio 14, 2007. Disponible: rodriguezesteban.blogspot.com/.../proposito-de-las-islas-de-carlos-gamerro.html– Consultado: 17/05/17.

SCHLICKERS, Sabina. *Narraciones perturbadoras. La guerra de Malvinas en literatura y cine*. In *Relatos de Malvinas. Paradojas en la representación e imaginario nacional*. Buenos Aires: Eduvim, 2016.

VALENCIA, Sayak, *Capitalismo gore*, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Melusina, 2010.

Recebido em 02/08/2017.

Aceito em 09/10/2017.